

En el delicioso cuadro que traza del matrimonio cristiano, Tertuliano habla así del marido y de la mujer: «Los dos son hermanos, los dos son esclavos» (1).

«Se unió tan estrechamente á su marido, dice San Gregorio Nacianceno, que hizo de él, no un amo importuno, sino un buen co-esclavo» (2).

Terasia, la esposa de San Paulino de Nole, es, dice San Jerónimo, «su santa co-esclava y compañera de luchas en el Señor» (3). Paulino da á Torasia en una carta el nombre de «co-esclava» (4).

En varios epitafios de esposos cristianos se encuentra la palabra en su forma griega ó romana. Una mujer cristiana que observó con su marido la continencia, es llamada por él «su co-esclava, su hermana y su esposa». A veces en los mármoles funerarios se precisa del todo el sentido de esta expresión: «co-esclavo de Dios», «co-esclavo en el Cristo» (5).

¿No parece que todo, pensamiento y lenguaje, está trastrocado? Adelantándose á los papas que habían de adoptar igual título (6), San Agustín empieza así una carta: «Agustín, obispo, esclavo de Cristo y de los esclavos de Cristo, á la religiosa servidora de Dios, Juliana, salud en el Señor de los señores» (7). Que los que discuten la originalidad del Cristianismo busquen en la literatura epistolar de la antigüedad una fórmula que se parezca á ésta.

En ninguna parte esta humildad, que hacía que algunas veces los cristianos de alta jerarquía se apropiaran el nombre y adoptasen la manera de vivir de los es-

(1) Tertuliano, *Ad uxorem*, II, 9.

(2) San Gregorio Nacianceno, *Oratio*, VIII, *in laudem Gorgoniae sororis*, 8; San Jerónimo, *Ep.* 122.

(3) San Jerónimo, *Ep.* 49.

(4) San Paulino de Nole, *Ep.* 31.

(5) *Bullettino di arch. crist.*, 1879, páginas 107-109; 1886, página 116.

(6) A partir de San Gregorio VII, los papas adoptaron en los actos oficiales el título de *Servus Servorum Dei*. En la misma época muchos particulares ponían debajo de su nombre esta apelación; M. de Rossi cita á un platero de Roma que se llama en el bárbaro latín del siglo XI: *Servus de servus Dei*. *Bull. di arch. crist.* 1873, pág. 40.

(7) San Agustín, *Ep.* 124.

clavos, aparece más claramente que en el interrogatorio de la mártir Agata. Parece complacerse en desorientar al juez proclamándose noble y llamándose al mismo tiempo esclava. «¿Cuál es tu condición?, le pregunta el gobernador de Sicilia, Quintiliano.—Soy de condición libre y de nacimiento noble, según puede demostrar toda mi parentela.—Si eres de tan noble é ilustre familia, ¿por qué vives la baja vida de una esclava?—Soy sierva de Cristo, y, por lo tanto, de condición servil.—Si realmente pertenecieses á una familia noble, no te humillarías hasta el punto de adoptar el título de esclava.—La soberana nobleza estriba en ser esclava de Cristo», contesta Agata (1), hablando naturalmente en aquel nuevo idioma que ya se usaba en la Iglesia, pero que la sociedad pagana no comprendía todavía. Lo mismo acontece con el mártir Máximo, interrogado por el procónsul de Asia. «¿De qué condición eres?—Ingenuo de nacimiento, pero esclavo de Cristo» (2). Igual sucede también con la hermosa y sabia Febronia: «Joven, le pregunta el juez, ¿eres esclava, ó libre?—Esclava.—¿Esclava de quién?—De Cristo» (3).

CAPITULO III

LOS ESCLAVOS MÁRTIRES

I

«Así empieza—dice M. Renán después de referir la persecución del año 64—este poema extraordinario del martirologio cristiano, esta epopeya del anfiteatro, que durará doscientos cincuenta años, y de donde se derivará el ennoblecimiento de la mujer y la rehabilitación del esclavo» (4). Verter su sangre como testimonio de fe, era para este último, afirmar elocuentemente su

(1) *Acta S. Agatæ*, I, núm. 4, apud; *Acta Sanctorum*, Februarii, t. I, pág. 621.

(2) *Acta S. Maximi*, ap.; Ruinart, *Acta sincera*, pág. 144.

(3) *Vita et martyrium S. Febroniae*, ap.; *Acta SS., Junii*, t. V, pág. 26.

(4) Renán, *El Anticristo*, pág. 175.

libertad: sufrir el martirio al mismo tiempo que los hombres libres, que su propio amo, significaba convertirse en su igual. Aunque durante los períodos de calma y prosperidad subsistieron algunas diferencias externas en las familias cristianas entre los esclavos y los amos, desaparecían cuando unos y otros, reunidos en un mismo calabozo, se presentaban ante el mismo juez y sufrían y morían juntos.

La Iglesia perseguida invitaba á la lucha á todos los fieles, sin distinción de edades, de sexo ni de condición. «Si morir por la virtud, por la libertad, por sí mismo, dice Clemente de Alejandría, es hermoso y honra al hombre, lo mismo sucede con la mujer. Tales muertes no son privilegio del varón, sino de todos los buenos. Que el anciano, pues, y el joven, que la mujer y el esclavo se sometan por igual, y si es preciso, mueran; es decir, conquisten por la muerte la vida» (1). Después, cuando la Iglesia pudo creerse libre de persecuciones sangrientas, dirigió una altiva mirada á la arena en que sus hijos de toda condición sufrieron juntos. Enalteciendo al mártir Agrícola, inmolado por la fe poco tiempo después que su esclavo Vital, dice San Ambrosio: «El esclavo partió antes, á fin de preparar la morada: el amo le siguió... El uno empezó, y el otro consumó la obra. Ambos pelearon por el bien después de haber merecido convertirse en iguales: el amo mandó al esclavo delante al martirio; el esclavo arrastró al amo. Ninguna condición es, por consiguiente, obstáculo para la virtud» (2). Hay combates, dice también San Juan Crisóstomo, para los cuales se requieren determinadas condiciones de edad, de sexo, de dignidad; en ellos suele excluirse á los esclavos, á las mujeres, á los ancianos, á los adolescentes: aquí todas las edades y todos los sexos se admiten, y á todos se concede gran libertad, á fin de que comprendan cuán liberal y fuerte es el que ha instituído este combate» (3). Por el marti-

(1) Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, 8.

(2) San Ambrosio, *De exhortatione virginitatis*, 1.

(3) San Juan Crisóstomo, *De Macchab.* Homilía I, 2; Homilía *In S. Ignatium*, 1.—El orador, al principio de este pasaje, alude á los juegos olímpicos en que, hasta en el siglo IV, "un

rio, pues, todas las categorías se borrarán, ó si se recordaba su diferencia, no era, ciertamente, por los ricos ni por la Iglesia; la delicadeza de los pobres sin patrimonio, de los esclavos sin familia, ponía á veces en sus labios un exquisito lenguaje. «A nosotros, pobres, decían, aunque seamos mártires como vosotros, la razón nos ordena que os dejemos el primer lugar, porque por amor á Dios y á Cristo habéis renunciado á más que nosotros, habéis entregado vuestra reputación á los hombres, y con ella vuestros grandes bienes y el amor de vuestros hijos» (1).

La Iglesia no aceptaba las reservas de esta adorable humildad. Cuando la muerte coronaba á un soldado de Cristo, inscribía indiferentemente en sus dísticos como *martyr vindicatus* (hoy diríamos santo canonizado) al cristiano de nacimiento libre ó al cristiano de condición servil. El *arcosolium* que encerraba en las catacumbas el cuerpo de uno ó de otro, recibía los mismos honores, y el día de los *natalitia* del mártir, la misma multitud iba á arrodillarse en derredor para rezar y participar del sacrificio. Este culto rendido á esclavos muertos era para los paganos motivo de asombro. «Los cristianos, dice el sofista Eunapio, honran como á dioses á hombres castigados con el último suplicio, y se prosternan entre el polvo y la basura delante de sus sepulcros. Llamen mártires, diáconos, árabitos de las plegarias, á esclavos infieles que sufrieron el látigo, que llevaron en su cuerpo las cicatrices de los castigos impuestos á sus crímenes, y las huellas de su infamia» (2).

Es imposible citar los nombres de todos los esclavos honrados por el culto público y mencionados en los documentos de los primeros siglos. En las épocas de persecución, la indiferencia de los paganos por la religión de los esclavos cesó súbitamente: no sólo se castigaba á los que se declaraban cristianos, sino que además, al menos durante la persecución de Diocleciano, se obligaba á todos los esclavos á ofrecer sa-

heraldo preguntaba en alta voz: ¿Recusa alguien á este combatiente por esclavo?., *Id. In. Ep. ad Hebr.* Homil., XVII, 5.

(1) Orígenes, *Exhortatio ad martyrium*, 15.

(2) Eunapio, *Vita Aedesii*.

crificios y libaciones á los dioses, como prueba de su adhesión á la religión oficial (1). Hubo esclavos mártires de todas las condiciones, puesto que entre los mismos esclavos había diferencias. Aquí, un poderoso esclavo que gobernaba como intendente dominios inmensos se siente tocado de la gracia divina, y es llevado después de haber muerto por Cristo al palacio donde todos temblaron antes en su presencia. Allí, esclavos en otro tiempo favoritos de sus amos van á una prisión en cuanto se conoce su conversión al Cristianismo. En otra parte, un viejo esclavo, respetado por su edad y su virtud, y á quien rodeaban tres generaciones de descendientes, llevado á la muerte por cristiano, exhala en la cruz el último suspiro. Por haberse negado á sacrificar, mata su amo á otro con un venablo como á una fiera. Una familia entera de esclavos, compuesta del padre, de la madre y de varios hijos, es inmolada por el furor de un pagano por haber confesado generosamente su fe (2). Los más débiles son admirables. Una joven madre esclava da á luz en prisión á su primer hijo, y apenas repuesta de los dolores del parto, lucha por Cristo en el anfiteatro. Un ama encierra en una habitación á su sierva para matarla de hambre por haberla sorprendido frecuentando las iglesias. Tres esclavas, convertidas al mismo tiempo que su ama, por negarse á sacrificar, son quemadas vivas en la tumba adonde ellas mismas la llevaron después de su martirio. Se denuncia como cristianas á vírgenes esclavas por la resistencia que hacen defendiendo su pudor, y pagan con el mismo suplicio la defensa de su honor y de su fe (3). Todos los actos, todas las situaciones, todos los grados de la servidumbre están representados aquí. Quisiera desenvolver estrofa

(1) Eusebio, *De martyr Palestinæ*, 9.

(2) San Bonifacio, San Teodulo, San Ischyron, San Hesperio y Santa Zoé. *Acta 55*, Mayo, t. I, pág. 181, t. III., pág. 280; Tertuliano, *Ad nat.*, I, 4; Eusebio, *Hist. eccl.*; VI, (carta de San Dionisio de Alejandría); VIII, 21; *De Mart. Palestinæ*, 11.

(3) Santa Felicidad, Santa Matrona, Santas Digna, Eunomia y Eutropia, Santa Dula. Ruinart, *Acta sincera*, pág. 77, 502; *Acta S. S.*, Martii, t. II, pág. 390; t. III, pág. 552; Paladio, *Hist. Lausiaca*, 3.

por estrofa este poema del esclavo mártir. Abunda en conmovedoras escenas y en episodios grandiosos. Es un canto de victoria. La civilización antigua creía haber matado al hombre en el esclavo; pero vió al hombre abatido levantarse bajo la acción de la divina gracia. Los paganos venían como los que ellos solían llamar «cuerpos», *cellis servilibus extracta corpora* (1), les decían estas dos admirables palabras, repetidas después por un padre de la Iglesia: «Somos almas», *nos animæ sumus* (2). Pero no lo comprendían. Un amo denuncia á su joven esclava, llamada María, por adorar á Cristo. «¿Por qué, siendo esclava, no sigues la religión de tu amo?», le pregunta ingenuamente el juez (3). Tal era la idea que el paganismo tenía de la conciencia de los esclavos. Así, su conversión en mártires fué una revelación inesperada, casi asombrosa. No se podía oír sin estupefacción el *non possumus* del Apóstol repetido por labios que hasta entonces «no habían tenido la facultad de decir no» (4). El mundo pagano se sintió amenazado por esta pacífica revuelta; temblaba ante el arma invisible que el esclavo había esgrimido.

Muriendo así, el esclavo conquistaba no solamente la libertad moral, sino también la verdadera igualdad. Los más auténticos documentos de la historia de los primeros siglos permiten apreciar los sentimientos que animaban á los unos respecto de los otros, á los hombres libres respecto á los esclavos, cuando el martirio los unía. Ante el dolor, «ese testigo de la verdad» (5), ceden las últimas resistencias del orgullo, todas las apariencias se desvanecen, el fondo del alma humana se muestra al descubierto; un sentimiento de absoluta fraternidad acerca, estrecha, por decirlo así, todas las jerarquías (6).

(1) Valerio Máximo; VII, VI, 1.

(2) San Ambrosio, *De Isaac et anima*, VIII, 79.

(3) *Acta S. Mariæ*, ap. Baluze, *Miscellanea*.

(4) Séneca, *De Benef.*, III, 19.

(5) San Cipriano, *De idolorum vanitate*, 15.

(6) A veces hubo singulares excepciones. Algunos amos, por una criminal superchería, enviaron en su lugar á sus esclavos para que se presentaran ante el juez y fueran sacrificados á los

Uno de los escritos más antiguos de la época de las persecuciones es la célebre carta sobre los mártires de 177, escrita por las Iglesias de Lyon y de Viena á las de Asia y Frigia, ó, traduciendo literalmente la inscripción, «por los esclavos de Cristo que vivían en Viena y en Lyon, en Galia, á sus hermanos establecidos en Asia y en Frigia». Escrito ingenuo, sentido, entusiástico, verdadera crónica de una cristiandad galo romana en el siglo II. La esclavitud desempeña en ella un doble papel muy digno de ser estudiado. Vense acusaciones terribles hechas contra los cristianos de Lyon por los esclavos paganos, indicio notable del respeto que tenían los primeros cristianos á la conciencia de los que les estaban sometidos: éstos lanzan contra sus amos extrañas calumnias esparcidas entonces en el mundo pagano; pero ni siquiera uno se atreve á imputarles el haber intentado ejercer presión sobre él para que se sumase á los fieles de la religión de Cristo. Sorprende el contraste entre estos esclavos paganos, deseosos de desligarse de sus amos (1), y una

ídolos. «Algunos, dice San Pedro de Alejandría (canon 6.º), se hicieron sustituir por esclavos cristianos. Los esclavos que estaban bajo la férula de sus amos y, por decirlo así, en sus calabozos, harán un año de penitencia y aprenderán, como esclavos de Jesucristo, á no obedecer más que su voluntad y á no tener á nadie más que á El.». El canon 7.º añade: «Los amos harán penitencia durante tres años, tanto por haber disimulado cuanto por haber hecho sacrificar á sus esclavos. Que mediten sobre su falta de haber llevado á la idolatría á nuestros co-esclavos.». Véase *La persecución de Diocleciano*, t. II, p. 31, 35.

(1) Algún tiempo después San Epipodio y San Alejandro fueron denunciados en Lyon por sus esclavos. *Passio. SS. Epipodii et Alexandri*, en Ruinart, *Acta sincera*, p. 63. Más ejemplos de adhesión de los esclavos al paganismo: En tiempo de Cómodo, el senador cristiano Apolonio, es denunciado por un esclavo: Eusebio, *Hist. eccl.*, V, 21; San Basilio refiere que en Capadocia, durante la última persecución, «los esclavos insultaban á sus amos cristianos»: *Éloge de S. Gordius*. El Concilio de Iliberis, en la misma época, nos dice que á menudo los amos no se atrevían á derribar los ídolos que había en sus casas, temerosos de irritar á sus esclavos (*vim servorum metuunt*): *Concilium Illiberitanum*, canon XLI, apud Hardouin, t. I, p. 254.—Véase también sobre los esclavos paganos de los cristianos, Tertuliano, *De corona militis*, 13; *Apol.*, 37; *De Idolol.*, 15.

esclava cristiana, Blandina, cuya figura se destaca con singular vigor en medio del grupo de mártires lyoneses que rodean al obispo Fotín y al decurión Epagato. Por ella, dice la carta, «Cristo ha querido demostrar que lo que es vil, sin forma y sin honor para los hombres, es lo más honroso para Dios». Cuando llevaron á la esclava Blandina ante el juez, «todos los cristianos temblaron, y hasta aquella que en el orden temporal había sido su ama, y que entonces combatía valientemente á su lado con las demás mártires, se sobrecogió temiendo que la esclava, á causa de la debilidad de su cuerpo, no pudiera hacer una confesión libre (*liberam confessionem*); pero dió á Blandina tales bríos la fuerza de su alma, que los encargados de torturarla, después de haber agotado desde el alba hasta ponerse el Sol todos los tormentos conocidos, tuvieron que hacer un alto, rendidos de cansancio y admirando á aquella muchacha, que con el cuerpo desgarrado y agujereado respiraba aún... Ella, bienaventurada, como un generoso atleta, tomaba fuerzas y volvía á la vida confesando á Cristo. Encontraba curación, reposo, olvido de todos los sufrimientos, en estas palabras que repetía sin cesar. «Soy cristiana, y entre nosotros no se comete ninguna mala acción».

Sigo tomando de esta patética relación lo que se refiere á Blandina. Se la condenó á ser devorada por las fieras. «Atada á un madero y con los brazos extendidos en cruz rezaba á Dios con gran contento. Su vista llenaba de valor el alma de los asistentes, que contemplaban en la persona de su hermana la imagen del que fué sacrificado para la salvación de todos». Respetada por las fieras, Blandina fué reservada para morir la última. Quedaba sola después de inmolados todos sus compañeros: «la bienaventurada parecía una noble madre que, habiendo mandado á sus hijos á combatir y viéndolos vencedores delante de ella, volviese la vista atrás para contemplar la serie de luchas en que vencieron, con lo cual crecería su ansia por reunirse con ellos. Dichosa y transportada ante la idea de morir, parecía una desposada que marchase hacia el banquete nupcial, no una condenada á que la devorasen las fieras... Cubierta por una red, la pusieron ante un toro, que la tiró por el aire diferentes

veces; pero no sentía dolor alguno, esperando, poseyendo ya los bienes que le proporcionaba su fe, y hablando familiarmente con Cristo por medio de la oración. Por fin fué degollada como una víctima. Los paganos confesaban no haber visto nunca una mujer que soportara tantos y tan enormes tormentos».

Un documento posterior al que acabamos de analizar, pero de no menos segura autenticidad, demostrará más claramente aún esta nueva fraternidad creada por el martirio. Las *Actas* de Santa Perpetua y de Santa Felicidad son algo más que una relación contemporánea, más que una referencia de primera mano; son *Memorias* escritas en la cárcel misma, la víspera del suplicio, por Perpetua y su hermano Saturio y continuadas por un testigo de su martirio. Imagínaseles pasándose la pluma el uno al otro, contando los dos los hechos en que tomaron parte ó las visiones con que fueron favorecidos; es como un canto alterno, cada una de cuyas estrofas fuera repetida por una voz distinta. Luego, cuando los cantos cesan, es decir, cuando los mártires perecen, un cristiano anónimo recoge la pluma caída de sus manos, y termina el relato contando su suplicio. Es preciso leer en el texto sus páginas graciosas, naturales, sublimes, de clásica y pura belleza, que pueden resistir la comparación con lo más perfecto que produjo el genio griego. Sólo transcribiré los episodios que tienen estrecha relación con el objeto de este capítulo.

Hacia el año 202, muchos cristianos fueron detenidos en Tuburbo, en Africa, y llevados á Cartago. Entre ellos figuraban una dama noble ó que, por lo menos, pertenecía á la alta burguesía, á la clase instruída y elegante (1), Vibia Perpetua, su hermano Saturio, otros dos cristianos, llamados Saturnino y Segundo, y dos esclavos, seguramente esposos, Revocato y Felicidad (2). Las dos jóvenes, matrona y esclava, se sentían naturalmente atraídas: una de ellas, Perpetua,

(1) "Honeste nata, liberaliter instituta, matronaliter nupta, *Passio SS., martyrum Perpetuae et Felicitatis*, 2, apud Ruinart, *Acta sincera*, p. 85-96.

(2) "Revocatus et Felicitas, conserva ejus... Lo mismo dice la versión griega de la Pasión.

era madre hacía poco tiempo, y daba de mamar á un niño; la otra, Felicidad, estaba embarazada y á punto de dar á luz. Cuando se fijó el día del suplicio, Felicidad se puso triste: creyó no estar comprendida en el número de los mártires, y su tristeza se extendió entre sus compañeros, que sentían dejarla sola. Los mártires empezaron á rezar. Felicidad sintió los primeros dolores del parto. Como se lamentaba á gritos, un criado de la cárcel le dijo: «Si gimes ahora así, ¿qué no harás cuando estés ante las fieras?» Y ella le dió esta célebre contestación: «Ahora soy yo quien sufre mis dolores, pero entonces habrá dentro de mí otro que los sufrirá en mi lugar, ya que yo también habré de sufrir por él». Dió á luz una niña, y una «hermana», dicen las *Actas*, es decir, una cristiana la adoptó.

La víspera del día en que debían ser entregados á las fieras, los condenados se reunieron para lo que se llamaba «la cena libre», especie de orgía póstuma que la piedad antigua permitía á los que al día siguiente debían abandonar la vida. Hicieron, dicen sus *Actas*, un agape, en el cual, como siempre, el esclavo alternó con las personas libres. Precisamente en aquella cena fué cuando Saturio dirigió á la curiosa multitud pagana esta frase terrible, en que brilla el áspero genio de un compatriota de Tertuliano: «Fijaos bien en nuestra cara, para que podáis reconocernos el día del Juicio».

Llegado el momento del combate, los esclavos y las personas libres que debían morir juntos afirmaron enérgicamente su libertad. La costumbre imponía que los condenados á las fieras fuesen expuestos en el anfiteatro, llevando los hombres el traje de los sacerdotes de Saturno y las mujeres las bandas de las iniciadas en los misterios de Ceres. A un mismo tiempo Saturnino, Saturio, Revocato, Perpetua y Felicidad se negaron á vestir este injurioso disfraz. «Hemos venido aquí por nuestro gusto, dijeron, y por un acto propio de nuestra voluntad; pero hemos resuelto no hacer lo que nos pidierais, y vosotros mismos os habéis comprometido á ello». Mientras Perpetua se adelantaba despacio, con el rostro sereno, los ojos brillantes y el ademán de una matrona, y Felicidad, catecúmena todavía, se hallaba poseída de una silenciosa alegría

ante la idea del bautismo de sangre que iba á recibir, los hombres, y el esclavo Revocato á su cabeza (las *Actas* le citan el primero), no temían amenazar al pueblo, y pasando ante el procurador Hilariano (1), le emplazaban para ante el tribunal de Dios. El pueblo, exasperado, mandó que los azotasen. Así, el día del suplicio tomaba el esclavo actitudes de hombre libre, y el verdugo trataba al hombre libre como á esclavo.

Los condenados fueron entregados á las fieras. Excitaron contra Perpetua y Felicidad á una vaca furiosa. Perpetua, lanzada al espacio en la primera acometida del animal, cayó pesadamente á tierra. Vuelta en sí, advirtió que su vestido estaba roto, y, como Polyxena ciñéndose las ropas para caer con decencia (2), reparó con cuidado su desorden, «más preocupada, dicen las *Actas*, del pudor que de los dolores»; después, con una especie de coquetería heroica, ató sobre su frente los largos cabellos desgredados en la caída, «porque no convenía que una mártir entrara en la Gloria con aspecto de luto». Así arreglada, se levantó, y viendo á Felicidad yacente en tierra y medio tronchada, corrió hacia ella, le tendió la mano, la ayudó á levantarse, y, sin soltarla, se adelantó con ella á la vista de todo el pueblo, poseído de admiración y de piedad. Estas dos intrépidas mujeres, matrona y esclava, fueron á la muerte como dos hermanas.

Leyendo este relato, creeríase contemplar un bajo-relieve antiguo ó, mejor dicho, el símbolo ideal de la fraternidad y del martirio borrando las distancias sociales, uniendo los corazones, y, por las almas transfiguradas, dando á los mismos cuerpos admirables actitudes que el cincel sería incapaz de reproducir y que sólo el divino Artista pudo inspirar.

Se comprende que después de tales escenas, cuya relación se leía con avidez en todo el mundo cristiano, experimentasen los fieles cierta repugnancia al tener que contestar á la pregunta de los magistrados sobre si eran libres ó esclavos. Esta distinción, tan importante todavía para la ley, parecía en la época de las

(1) Sustituyendo interinamente al procónsul Minutio Trimi-
niano, que acababa de morir.

(2) Eurípides, *Hecube*, 569.

persecuciones, dado el fervor que tenían entonces las almas, una cosa indiferente, y hasta odiosa. Apenas contestaban, ó lo hacían de muy mal grado, á la pregunta que se les formulaba. La virgen Teodora se presentó ante el tribunal del prefecto Eustasio: «¿De qué condición eres?—Soy cristiana.—¿Eres libre, ó esclava?—Ya te he dicho que soy cristiana: con su venida, Cristo me hizo libre; además, soy hija de padres nobles» (1).

¡Con qué exquisito sentimiento relega al último lugar esta parte esencial de su declaración! Mientras el lenguaje de los fieles de clase distinguida se impregnaba de estos matices delicados, el del esclavo cristiano adquiría firmeza y un acento libre y altivo: se consideraba igual á todos. Ya hemos oído hablar á Felicidad en su calabozo, y á Revocato en el anfiteatro. Otros de condición semejante mostraron ante los magistrados un alma igualmente firme. En sus palabras y en su actitud aparece lo que las *Actas* de los mártires llaman «libertad cristiana» (2). «¿Quién eres?», pregunta el prefecto de Roma á un esclavo «de la casa de César» Evelpisto, que compareció al mismo tiempo que el filósofo San Justino.—«Esclavo de César, contesta; pero soy cristiano, y habiendo recibido de Cristo la libertad, por su gracia tengo la misma esperanza que los que disfrutan de ella» (3). Después de la condenación del sacerdote Pánfilo de Cesárea, en tiempo de Diocleciano, uno de sus esclavos, iniciado por él en las letras y en la Filosofía, elevó valientemente la voz en medio de la multitud, y pidió que se concediera por lo menos á los cuerpos de los mártires una sepultura honrosa; después se declaró cristiano (4). ¡Un esclavo atreviéndose á interpelar á un magistrado, á elevar la voz en el *forum*, á ejecutar cualquier acto de vida pública! ¡Qué novedad!

«Aquel, dice San Ambrosio, á quien no se le puede

(1) *Passio SS. Didymi et Theodoræ* ap. *Acta SS. Aprilis*, 1. III, p. 578.

(2) *Christiana libertate prorumpens*, etc. *Acta SS. Saturi, Dativi*, etc., 7, apud Ruinart, *Acta sincera*, p. 412.

(3) *Acta S. Justini*, 3, ap. Ruinart, p. 14.

(4) Eusebio, *De mart. Pal.*, 11.

obligar á hacer lo que no quiere, ni impedir que haga lo que desea, ya no es esclavo» (1).

II

Libertando así al esclavo, el Cristianismo le enseñó á defender con su vida, no sólo la libertad de su conciencia, sino también una libertad más frágil y más expuesta al ultraje: su castidad. Antes de esbozar este delicado episodio de la historia de los esclavos cristianos, tomaré de las *Actas* de los mártires un relato que será una especie de natural introducción, y que pinta al esclavo apartándose por arrepentimiento del estado inmoral en que yacía con frecuencia.

En los últimos años del siglo III, ó á principios del IV (2), se convirtió una noble romana, Aglae, «hija del ilustre Acacio, que había sido procónsul.

Tres veces había dado fiestas al pueblo romano. Tenía á sus órdenes setenta y tres *procuratores* encargados de administrar sus dominios, á la cabeza de los cuales estaba un «jefe» llamado Bonifacio. Este era esclavo; sin duda, uno de los esclavos ricos y poderosos que, según las inscripciones nos refieren, poseían á su vez esclavos, elevaban tumbas, consagraban estatuas, edificaban templos á su costa y llevaban de viaje un numeroso séquito (3). Libertino, pero generoso, caritativo con los pobres y hospitalario, había conquistado á su ama, que vivía con él en una unión culpable, como tantas otras damas de aquella época (4).

(1) San Ambrosio, *Ep.* 37.—Por un sentimiento igual ó parecido, los cánones atribuidos á Hipólito, obra del siglo III, después de haber dicho que el cristiano que ha confesado á Cristo en los tormentos merece el honor del Sacerdocio, añaden: "Si talis, cum servus alicujus esset, propter Christum cruciatus perit, talis similiter est presbyter gregi.". Véase Duchesne en el *Bulletin critique*, 1.891, p. 44, nota.

(2) *Vita. S. Bonifacii*, apud *Acta SS.*, Maii, t. III, p. 280 y sg. Con respecto al valor histórico de estas *Actas* y á las reservas que hacen, véase la *Persecución de Diocleciano*, 2.^a ed. t. II, p. 119.

(3) Orelli, 895, 2.820, 2.821, 2.822, 2.823, 2.826, 2.828; Henzen, 6.651, etc. Véase antes en la pág. 63.

(4) Tertuliano, *Ad uxorem*, III, 8. Puede que Bonifacio ó Aglae fueran casados, porque si no, una decisión del papa Ca-

Aglae era cristiana. La paz de que gozó algún tiempo la Iglesia en los comienzos del reinado de Diocleciano, debió de adormecer su alma, no excitada por la amenaza de la persecución.

No obstante, se avergonzaba de su desorden, y en su corazón iba penetrando la gracia. Un día llegó á ser ésta más fuerte que la pasión, y llamando á su amante, le dijo: «Bonifacio, hermano mío (ya no se atrevía á darle otro nombre y le hablaba como los cristianos, libres ó esclavos, se hablaban entre sí), ya sabes la vida que llevamos, olvidando los juicios de Dios. He oído decir que si alguien honra á los santos mártires, podrá aprovecharse de parte de su recompensa. Ahora muchos cristianos sufren en Oriente. Ve allá, y tráeme reliquias tuyas con objeto de que las honremos, edifiquemos oratorios para ellas y nos hagamos dignos de su protección.» El esclavo hizo los preparativos de viaje, y al despedirse de su ama le dijo alegremente: «Señora, si puedo encontrar reliquias de mártires, os las traeré; pero si por casualidad os trajeran las mías, ¿las recibiríais como las de un mártir?» Aglae creyó que un indiscreto arrebató inspiraba estas palabras; pero se equivocaba: en la sonrisa que las acompañó había un presentimiento, un adiós, una resolución generosa. La misión que le encargaron transformó á Bonifacio. Sobrio y grave, rezaba á Dios durante el camino, pensando en los mártires y soñando con su propio martirio. Llegado á Tarso, se enteró de que varios cristianos estaban á punto de expirar en los tormentos: corrió al lugar del suplicio, insultó al juez, y consiguió participar de su triunfo. Cuando los compañeros que le buscaban, y que, no conociendo el cambio que se había operado en él, le creían entretenido en algún lugar de corrupción, supieron lo que había sucedido, quedaron estupefactos; después, habiendo podido obtener de los verdugos el cuerpo mutilado del mártir, no pidieron más reliquias, y se pusieron nuevamente en marcha llevando tan preciosa carga.

En Roma fueron recibidos los restos de Bonifacio

lixto, que consta en el IX libro de las *Philosophumena*, les hubiera permitido contraer matrimonio, nulo según la ley romana, pero valedero según la Iglesia. Véase el capítulo siguiente, § 2.

con los más grandes honores. Aglae, de mujer mundana convertida en austera penitente, mandó edificar un oratorio en honor del mártir, libertó á todos sus esclavos, y pasó en reclusión el resto de su vida.

Aun poniendo toda clase de reservas á esta piadosa y novelesca historia, considerándola como un símbolo más que como la narración de un hecho exacto en todos sus detalles, hay que convenir en que pocas narraciones son tan sentidas y tan bellas. Tiene singular relieve esta figura de Aglae, tipo, sin duda, de más de una romana de aquella época, convertida al Cristianismo, bautizada, llena de devoción por los mártires, pero dominada por pasiones ardientes, y no obstante, tan cerca de Dios por el corazón, que la muerte de aquel á quien amaba, la vista de su cuerpo mutilado por el martirio, bastó para convertirla en santa. Recuerda á las grandes damas del siglo xvii, débiles, culpables, apasionadas, pero en quienes vivía la fe: un golpe de gracia, un desencanto del corazón, una pérdida inesperada, bastaban para sacarlas del mundo é inducir las á padecer por propia voluntad todos los horrores de la penitencia. No es menos típico Bonifacio. El también, aun en los días de desorden, estaba más cerca de Dios de lo que se figuraba. Las virtudes que conservaba, caridad y hospitalidad, le elevaron sobre el fango en que su corazón y sus sentidos estaban sumidos. Este hombre, á quien un capricho de la suerte llevó á la servidumbre, era de la madera de los héroes, de los santos. Las virtudes que practicaba en la esclavitud eran las que por excelencia correspondían al hombre libre: aprovechándose de las facilidades que ponía en su mano el favor de Aglae, trataba á los pobres como gran señor. En el carácter de este esclavo hay rasgos que recuerdan al caballero cristiano de la Edad Media. Los bravos antiguos iban á lavar sus pecados en las heroicas aventuras de las Cruzadas y á buscar el perdón de sus culpas junto á la tumba de Cristo. Bonifacio corrió con peligro de su vida á recoger las reliquias de los cristianos martirizados, y partió después de haberse prometido á sí mismo secretamente mezclar su propia sangre con la de ellos. En sus últimas palabras á Aglae hay como un perfume caballeresco; se despide de ella con una

gracia elegante y soñadora que nos hace olvidar al esclavo. Así el martirio ofreció á este hombre, enviado más por su condición que por su voluntad, un medio de lavar sus faltas en su sangre, y por un impetuoso y sublime movimiento, pasar en un día desde la esclavitud á los altares.

Durante los siglos paganos, como en los que siguieron al triunfo del Cristianismo, el inmoral favor de que gozaba Bonifacio fué, sin duda, ofrecido á esclavos cristianos en más de una casa rica.

La terrible ley del año 326, que condenaba á la querida á la pena capital y mandaba quemar á su cómplice, demuestra la profundidad del mal, impune hasta entonces. Los padres de la Iglesia lo combaten unánimemente. Predican á los esclavos la resistencia á las impúdicas pasiones de sus amas. San Ambrosio dedica todo un tratado á enaltecer la castidad de José, esclavo, á censurar «al ama que no sabe gobernarse á sí misma, que es indigna de su nombre, que no tiene costumbres de señora y se complace en despertar los apetitos de un esclavo»; como contraste, opone «la grandeza moral de un hombre que, vendido, no tiene alma de esclavo; amado, no concede su amor; suplicado, no cede; cogido á la fuerza, se libra huyendo» (1).

Lo mismo dice San Juan Crisóstomo: «José era esclavo, pero no de los hombres: por eso en la servidumbre era el más libre de todos los libres. De ahí que no obedezca á su ama, que pretendía hacerle acceder á sus deseos. Ella era libre, sí, pero al mismo tiempo, más vil que todos los esclavos, puesto que así provocaba á uno de ellos; pero él era libre, y no consintió en hacer lo que no quería. Aquello no era servidumbre, sino suprema libertad. ¿En qué la servidumbre fué para José obstáculo contra la libertad? Esclavos y libres, oid: ¿quién sirvió; el que fué rogado, ó la que rogó?; ¿la que suplicó, ó el que despreció la súplica? Es que hay límites puestos por Dios en la obediencia de los esclavos; leyes que no les es permitido violar marcaron el punto hasta donde de-

(1) San Ambrosio, *De Joseph patriarcha*, v, 23, 25.

ben obedecer. Cuando el amo no manda nada que disguste á Dios, hay que servirle y cumplir sus órdenes; en otro caso, no: en eso es en lo que el esclavo viene á ser libre (1).

A veces era con la sangre como el esclavo así perseguido, «el cordero de Cristo», como dice San Juan Crisóstomo (2), debía comprar su libertad. Las costumbres antiguas consideraban el pudor del esclavo como propiedad del amo. Aunque á principios del siglo IV se promulgó una ley para contener los desbordamientos de las matronas prendadas de sus servidores, en ninguna época fueron objeto de reprensión penal las relaciones entre amo y esclava. Esta laguna de la legislación de los emperadores, aun de los cristianos, la señalan muchas veces los padres de la Iglesia. No solamente en la época en que Séneca escribía podían las vírgenes más puras, si eran esclavas, verse constreñidas á soportar los mayores ultrajes, *invitas pati stuprum* (3), sino que en plena civilización cristiana, en el siglo V, se veían todavía, dice Silvano, «mujeres que, á pesar de su horror al vicio, se veían obligadas á satisfacer la pasión del amo impuro y el vergonzoso capricho del que mandaba, convertido en necesidad y en obligación para las que debían obedecer» (4). Más de una de estas desdichadas, cediendo á la violencia, podía, seguramente, haber repetido las palabras dirigidas por Teodora á su juez: «Dios ve nuestros corazones y aprecia en nosotras una sola cosa: la firme voluntad de seguir siendo castas. Por tanto, si me obligas á soportar un ultraje, no cometeré yo una falta voluntaria, sufriré violencia... Dispuesta estoy á entregarte mi cuerpo, sobre el cual ejerces dominio; pero sólo Dios tiene poder sobre mi alma» (5). Tam-

(1) San Juan Crisóstomo, *In. I Cor.*, Homilía XIX, 4, 5. *Expos. in Psalm. XLIII.*

(2) *In I Thess.* Homil. IV, 5.

(3) Séneca, *Controv.*, V, 33.

(4) Salviano, *De Gub Dei*, VII, 4; *ibid.*, 5. Véase San Jerónimo *Ep.* 23, *ad Oceanum*.

(5) *Passio SS Didymi y Theodoræ*, ap. *Acta SS. Aprilis*, t. III, p. 579. Corneille tradujo admirablemente este pasaje. en *Theodore*, acto III, escena primera.

bién más de una pudo repetirse llorando los consuelos que San Agustín dirigía en 409 á las vírgenes de Italia y de España ultrajadas por los bárbaros: «Cuando el alma no ha accedido, el cuerpo permanece puro; quien comete el crimen, es el que viola, no el que sufre: tiene tal fuerza la castidad del alma, que si no se mancilla, conserva la pureza del cuerpo, aun después de haber sido éste ultrajado» (1). Pero tales palabras sólo se aplicaban á la violencia material, contra la cual la debilidad no tiene recurso; á la violencia moral, á la orden imperiosa, á la amenaza del amo, la ley de Dios y las enseñanzas de la Iglesia mandaban resistir hasta la muerte. La castidad debía defenderse por todos los medios, excepto, dice San Agustín, con la mentira ó la apostasía (2).

Las esclavas tuvieron con frecuencia este valor; además de mártires de la fe, ha habido mártires de la castidad. De esta manera, por el pudor, se convirtió el esclavo en semejante del hombre libre (*ingenuus pudor*) (3). En este punto le fué devuelta la facultad de decir no; *negandi potestatem*. El esclavo que se negaba á seguir la religión de su amo, solía decir: «Mi

(1) San Agustín, *Ep.* 111; *De mendacio*.

(2) San Agustín, *De mendacio*, 7, 10.—¿Podía defenderse dándose voluntariamente la muerte? Por regla general, no, dice San Agustín. No obstante, reconoce que una inspiración celeste, una orden directa de Dios, puede justificar tal proceder. (*De civ. Dei* I.) Tal es el célebre ejemplo de las santas Domnina, Bernicia y Prodocia, que para librarse de los soldados que las perseguían, se precipitaron en el río (Eusebio, *Hist. eccl.*, VIII, 12; San Juan Crisóstomo, *Hom. in laudem earum*), iguales á las mujeres de Sicilia que nos pinta Cicerón tirándose á los pozos para sustraerse á la brutalidad de Verres (Cicerón, *De provinciis consul.*, 3), y también á Santa Pelagia, que para huir de la licencia de los soldados se precipitó desde el techo de su casa (San Ambrosio, *Ep.* 37; San Juan Crisóstomo, *Hom. In laud. ips.*) Lo mismo, en fin, que la mujer de un prefecto de Roma perseguida por la pasión criminal de Maxencio, que, Lucrecia cristiana, se apuñaló al ser llevada á viva fuerza á su casa (Eusebio, *Historia eccl.*, VIII, 14). Es probable que más de una esclava cristiana recurriera á este medio extremo de salvar su pudor, pero la historia eclesiástica no refiere ningún caso.

(3) Catulo, LXI, 81.

alma me pertenece»; la esclava que no se prestaba á satisfacer la pasión de su amo, añadía: «También mi cuerpo me pertenece». Alma y cuerpo; así recuperaba el esclavo su libertad, gracias á la fuerza de resistencia que el Cristianismo le inspiraba.

La Historia ha conservado el nombre de algunos valientes esclavos que por haberse negado á satisfacer los corrompidos apetitos de sus amos fueron condenados á muerte ó denunciados por ellas. Negarse en tales casos, significaba para el esclavo denunciarse á sí mismo. Los paganos conocían el horror de los esclavos cristianos al vicio, y en el estado en que estaban las costumbres, sabían que sólo los que profesaban la religión de Cristo eran capaces de defender intrépidamente su virtud. El juez Gayo decía á la cortesana Afra, convertida al Cristianismo: «A Cristo no le parecerá digna de El una cortesana: no sabría llevar el nombre de cristiana» (1). Este pagano ignoraba la gracia otorgada al arrepentimiento; pero rendía instintivamente homenaje á la pureza cristiana. Habiéndose negado en cierta ocasión un hombre de humilde condición á satisfacer el capricho de una mujer de noble nacimiento, el gobernador de la Panonia pensó al cir contar este caso: «De seguro que es un cristiano»; y le condenó á muerte (2). Juzgando así á los cristianos, era natural que los amos paganos adivinaran en seguida la religión de la esclava cuya virtud se les resistía.

A veces ésta no daba siquiera lugar á que lo adivinasen: á una vergonzosa proposición contestaba sencillamente: «No puedo; soy cristiana.» Tal fué la respuesta de Santa Dula á las sollicitaciones de su amo. «Era, dicen sus *Actas*, esclava de un pagano de Nicomedia que quiso hacerla su querida; pero ella se resistió diciendo que la ley de Dios prohíbe la impureza. Cuando se enteró el amo de que era cristiana, mandó matarla. «Pereció víctima de la fe y de la castidad»: *pro fide et castitate occisa est* (3).

Paladio refiere la parecida muerte de la esclava

(1) *Passio S. Afræ*, ap. Ruinart, *Acta sincera*, p. 501.

(2) *Acta S. Sereni*, ap. *Acta SS.*, Februarii, t. III, p. 71.

(3) *Acta S. Dulæ*, ap. *Acta SS.*, Martii, t. III, pág. 552.

Potamiana, martirizada en los últimos años del siglo III. «Era muy hermosa y tenía por amo á un hombre violento y libertino. A pesar de sus ruegos y promesas, no consiguió seducirla»; en vista de lo cual, la denunció como cristiana. Fué llevada ante el tribunal del prefecto de Alejandría, donde ocurrió una curiosa escena. El prefecto, volviéndose hacia ella, le dijo: «Vamos, mujer: satisfaz los deseos de tu amo; si te niegas, mandaré que te echen en una caldera de pez hirviendo.—Es vergonzoso, contestó la virgen esclava, que haya un juez tan inicuo que ordene á una mujer someterse al capricho de un amo.» Tal contestación merecía la muerte: Potamiana fué arrojada á la caldera, sin siquiera despojarla de las ropas (1).

Véase cómo el pudor cristiano realizaba al esclavo. Cuando una religión podía inspirar á una indefensa muchacha tales palabras, hay que reconocer que sólo la apariencia de la esclavitud seguía subsistiendo: su verdadera fuerza estaba anulada (2).

CAPÍTULO IV

EL MATRIMONIO RELIGIOSO DE LOS ESCLAVOS

I

La familia no existía para los esclavos más que con los límites y las condiciones impuestas por los amos. Ninguna ley hubo para asegurar la duración de sus uniones, ni tampoco para impedir que estas uniones acabaran violando los más sagrados derechos de la Naturaleza. Promiscuidad, fragilidad, licencia: eso fué el matrimonio para el antiguo esclavo.

(1) Paladio, *Hist. Laus.*, 3.

(2) Sobre los esclavos mártires, véase la *Historia de las persecuciones durante los dos primeros siglos*, 2.^a edición, páginas 157, 227-233, 406, 415; *Hist. de las persec. durante la primera mitad del tercer siglo*, 2.^a ed., páginas 77-78, 105-125-129, 130-131, 227, 398, 401-402, 406, 407, 411; *Las últimas persecuciones del tercer siglo*, 2.^a ed., páginas 83-86, 99, 247-248; *La persecución de Diocleciano*, 2.^a ed., t. I, páginas 168, 426-427, 440-441; t. II, páginas 134-135, 138.